

CAMINOS DE HUMILDAD

7 de Noviembre 2000, Estados Unidos de América, Noche de las Elecciones Presidenciales, Fiesta de la Democracia... Para decenas de millones de ciudadanos de Norteamérica y otros tantos o más de sus admiradores empedernidos/convictos esparcidos a lo largo y ancho del planeta un mito está a punto de romperse... En la aldea global, a la hora de las redes de comunicación instantánea, delante de los ojos incrédulos de televidentes convertidos/transformados sin aviso previo en observadores electorales, la gran maquinaria democrática enloquece. La apertura ritual de las urnas y el conteo automático de los votos no sólo ponen de manifiesto el virtual empate técnico entre los dos aspirantes de la Casa Blanca, Al Gore y George Bush, sino que evidencian irregularidades tan serias que pondrán en duda la real legitimidad del triunfo de G. Bush, declarado vencedor de la contienda, unas cinco semanas después del cierre de la votación. Aquella noche y en los días siguientes, el Estado de Florida –gobernado por Jeb Bush, hermano de uno de los contrincantes–, la ciudad de Miami y algunos de sus condados o circunscripciones electorales en particular, concentraron a la fuerza la atención de los periódicos y noticieros del mundo entero y ofrecieron abundantes muestras e innegables evidencias de negligencia, serias por lo menos, sino culpables: boletas electorales poco legibles; fallos técnicos significativos en el conteo automático de los sufragios expresados; escasez relativa de colegios electorales en varios de los sectores po-

ESTUDIOS SOCIALES 122

pulares afroamericanos y/o de tradición preponderantemente democrata y excesiva limitación de tiempo de votación en los mismos; extravío de urnas y otras tantas anomalías que fueron dadas a conocer a lo largo de los días posteriores a la elección.

Sin embargo, los tradicionales estudiosos, conocedores críticos de la historia política de Norteamérica, aprovecharon sabiamente la oportunidad que les regalaba el sorprendente tranque electoral y la consabida publicidad dada al mismo para documentar con serenidad algunas de las singularidades del sistema electoral de esta gran potencia tan virtuosa y proclive en dar al mundo lecciones de civismo y pulcritud democrática, y pusieron el dedo sobre algunas de sus taras: el ya tradicional bajo porcentaje de participación de los electores en las votaciones y las correspondientes altas tasas de abstención (51% en estas últimas elecciones); el anacronismo de un sistema de elección indirecto donde el elector no elige directamente al presidente de la nación sino a quienes conformarán el colegio electoral encargado de dicha selección; la no proporcionalidad de la representación electoral, acrecentada aún más por la sobrerrepresentación en el mismo colegio de los representantes de los estados rurales sureños de mayoría blanca y conservadora, que sólo así permite explicar el acceso a la presidencia de quien recibió en total unos 500,000 votos menos que el candidato más votado en los comicios; la exclusión de unos 4 millones de electores potenciales, encarcelados o ex presos que las leyes de varios de los estados privan en forma temporaria o definitiva del ejercicio de los derechos cívicos; el peso exorbitante del dinero en las campañas electorales de los dos grandes partidos, republicano y demócrata, que limita en exceso e, *ipso facto*, descalifica las posibilidades reales de candidaturas alternativas que no estuvieran totalmente enfeudadas en la lógica mercantil de dichos partidos mayoritarios.

Sin lugar a dudas que el artículo de Isis Duarte y Vianela Díaz, pasando balance a los comicios presidenciales dominicanos del pasado mes de mayo, ayuda a ponderar con mayor realismo y justeza los avances certeros del proceso de democratización y participación que va construyendo nuestra sociedad. No obstante, este análisis crítico de nuestras elecciones —que contrastan favorablemente con las de

CAMINOS DE HUMILDAD

Norteamérica— no esconde los límites evidentes del mismo ejercicio y subraya la necesidad de fortalecer y ampliar los marcos de una real sociedad democrática donde la participación no pueda quedar restringida a la consulta electoral. En este sentido, Michel Caroit apun-tala oportunamente el imperativo democrático de contar con unos medios de comunicación plurales y relativamente autónomos respec-to a los grupos económicos hegemónicos para garantizar así el libre acceso de la mayoría de los habitantes del país a una información in-dependiente, abierta a temas de reflexión y discusión más en conso-nancia con sus propios intereses y necesidades. Nuestra sociedad adolece de vacíos profundos de participación en muchas de sus áreas de funcionamiento. La persistencia de la exclusión de la gran mayoría, la ausencia de una real política social, el desmantelamien-to progresivo de los servicios públicos y su concomitante privatiza-ción sin mirar al bien social, la tendencia al ejercicio autoritario del poder, a la centralización y el populismo de los gobiernos de turno, el despilfarro y la mala administración de los bienes públicos por parte de sus encargados, la búsqueda irrestricta de beneficios personales, la impunidad, son sólo algunos de los tantos males que hipotecan el devenir de la sociedad dominicana y reclaman medidas drásticas de redistribución y equidad para enfrentar la desigualdad y la margina-ción que el mero crecimiento económico no llega ni a corregir ni mu-cho menos a reabsorber, en contra de las promesas de los bardos in-condicionales de las virtudes del mercado y del libre comercio.

Si regresamos al escenario anterior tendremos que convenir que el 2000 no habrá sido tan sólo el último año de un siglo de esplendor y lágrimas acabándose bajo la férula de la primera potencia econó-mico-militar del globo, sino más bien el año del resurgir de las pro-testas éticas que, de Davos a Washington y Nueva York pasando por Seattle y Praga, han sacudido la tranquila despreocupación y, hasta este momento, sorda indiferencia de los círculos de banqueros, in-dustriales, vendedores de servicios, especuladores, hacedores de fortunas bien o mal habidas, responsables políticos de toda índole. El fracaso de la reunión de la Organización Mundial del Comercio en Seattle bajo los golpes conjugados de los delegados de varios de los países del Sur y de manifestantes representantes de múltiples hori-

ESTUDIOS SOCIALES 122

zontes y sensibilidades sociales, políticas —ecologistas, tercermundistas, miembros de grupos feministas, étnicos, etc.— o las manifestaciones en Washington en contra de las políticas del FMI o del Banco Mundial han revelado el profundo desencanto en el cual vive la mayor parte de la humanidad, fruto de la marginación y precariedad de sus condiciones de existencia. Hoy día la disgregación de la antigua URSS ha dejado el mundo a la merced del único imperio que prevaleció. Desde luego que las fracturas que laceran el cuerpo global de la humanidad y ponen en peligro hasta la supervivencia del planeta ya no pueden ser explicadas con el simplismo que imperaba en los tiempos de la guerra entre las dos superpotencias que emergieron de la Segunda Guerra Mundial.

El mundo ha cambiado, el mundo cambia... ¿Cómo negarlo? Para quienes lo miran como María del Carmen Vicente es una oportunidad que puede ser aprovechada a la hora de calzar las botas del gigante que nos ofrece la globalización, la modernización y la inserción del país en los pactos de integración regional; para otros como Marcos Barinas es antes que todo un darnos cuenta que la tecnología comunicacional transforma —o mejor dicho ya transformó— profundamente la vida cotidiana en todas sus dimensiones, relacionales, culturales, económicos, políticas. Sin embargo ninguno de ellos nos quiere llevar a pensar que el sentido de estos cambios esté ya dado *a priori*, como al margen de la intervención de los sujetos. En este sentido, Pedro Suárez, en una amena reflexión sobre la tarea pedagógica actual, pone de relieve la importancia decisiva de propiciar entre profesor/a y estudiante(s) relaciones fundamentadas sobre la confianza, la amistad y el fortalecimiento de la autoestima y posibilitar así un sano y provechoso desarrollo del proceso de enseñanza-aprendizaje.

Ni ayer ni hoy podemos ahorrarnos una reflexión ética sobre los valores que cimentan nuestra convivencia social. ¿A quién(es) le(s) pertenece decir una palabra sobre las prioridades que debe asumir el gobierno dominicano? ¿Quién(es) tiene(n) derecho a cuestionar la razón de ser de los megaproyectos o el montaje de los juegos panamericanos? ¿Quién(es) puede(n) decidir de la adopción de nuevas medidas fiscales y de la utilización de los recursos que generará?

CAMINOS DE HUMILDAD

Extrañarnos de tales preguntas, considerarlas como indebidas o irreverentes sería simplemente ir a contracorriente de las aspiraciones que se expresaron masivamente en la votación del 16 de mayo pasado como lo hicieron ya dos años antes, en las elecciones legislativas del 98, y correr el riesgo de caer en la misma ignorancia tecnocrática y soberbia que sellaron la suerte del anterior gobierno del PLD.

Este número de *Estudios Sociales* concluye con la transcripción minuciosa y experta hecha por Raymundo González de una copia de 1787 del inventario de los bienes "que fueron de la Compañía de Jesús en Santo Domingo"(sic). Este valioso documento traerá al lector atento una mina de informaciones sobre lo que fueron las propiedades de una orden religiosa que, más allá de las diversas controversias y confrontaciones que sostuvo con los poderes establecidos de aquel tiempo, compartía por lo esencial con ellos referentes similares y prácticas comunes. Por este motivo, el saber que los jesuitas del siglo XVIII eran dueños de esclavos no debería crearnos ni extrañeza ni indignación anacrónica; desafortunadamente, esto fue práctica muy común en el devenir de la humanidad sin que ni siquiera se pueda afirmar hoy día que la esclavitud haya sido erradicada por completo bajo todas sus formas y latitudes. Lo que sí debería generar en nosotros/as alegría y esperanza es saber que en el año 2000 semejante situación de violencia y enajenación del otro causa estupor y genera protesta en muchas personas, jesuitas o no, que ya han experimentado que nadie puede ser persona sin los demás –y menos aún en contra de los demás– sino más bien que se va haciendo persona con y por los demás, en la mutua asunción, promoción y defensa de los derechos humanos. En esta tarea inagotable todos y todas tenemos mucho que aprender...